

en aprieto á críticos más autorizados que nosotros y de la que esperamos sacar no poco partido para dar á conocer mejor la esencia y naturaleza del drama en cuestion.

En efecto; esta dualidad del pensamiento, afectando al todo de la obra la divide tambien y produce dos dramas; no se necesita ser un lince para conocerlo, aunque otra cosa diga cierto crítico humorista cuyo talento admiro, pero de cuyas burlas me creo hoy seguro; en *Ó locura ó santidad* hay dos dramas, uno objetivo, el que tiene lugar en el escenario y se refiere á los personajes; otro subjetivo, el que el espectador ve en su mente, haciendo abstraccion de lo que le dicen los sentidos. Porque el espectador que asiste á todas las escenas del drama, que conoce todos los misterios, á quien no se ocultan los más pequeños detalles, ve claro, donde los personajes sólo encuentran tinieblas, admira ó reprueba la conducta de Lorenzo, pero no le cree loco, porque ha visto la prueba que aquél en vano trata de mostrar á los demás; pero los personajes del drama que no han visto la prueba, que no creen que exista ni haya existido jamás, no comprenden el rasgo del padre, del esposo, del amigo respectivamente, y lo atribuyen á locura, es decir, que el público, sin género de duda, le tiene por santo y los personajes disintiendo del parecer del público le consideran loco.

Hé aquí los dos dramas, el uno terrible por las dudas y los sobresaltos que por todas partes acometen á los que en él toman parte por la certidumbre horri-

ble que casi todos adquieren de la desgracia imaginaria que hiere al protagonista, y otro conmovedor, sentimental, por la compasion que inspira al público la desdicha real que aflige á aquél por el convencimiento de su impotencia para probar que está en el pleno uso de su razon, por la movilidad de los afectos que ora se inclinan á amar á unos personajes con perjuicio de otros, ora les aborrecen ó censuran, como sucede con Juana, con la Duquesa, con D. Tomás, que unas veces desea que la catástrofe se realice pudiendo Lorenzo probar lo que intenta, otras anhela que la prueba no aparezca, esperando un término feliz á tanta angustia, que siempre es engañado, sorprendido, aterrorizado, y concluye por dejarse llevar del sentimiento sin detenerse á pensar en la causa que tan fuertemente lo despierta.

En resúmen, un drama está en Lorenzo; él todo lo asume, lo encierra, lo sintetiza y con él está el público desde el principio hasta el fin; el otro está en los demás personajes, y es como el marco del cuadro en que aquella figura se destaca en primer término; única grande, sublime como las hojas de una magnífica flor que sin participar de su perfume y brillantes colores, la prestan armonía, frescura y adorno; por eso el drama en conjunto es una monstruosidad, pero una monstruosidad admirable y terriblemente bella.

La accion es muy desigual en todos los actos; en el primero comienza de una manera tranquila y natural como conviene á la situacion de los personajes, á las

ideas y á los afectos que manifiestan; sigue luégo una gradacion producida por la ansiedad á que dan motivo los incidentes que dramáticamente se suceden de una manera tan brusca como interesante y bien preparada; las patéticas escenas del segundo, tienen entre sí oportuna trabazon y enlace, se desprenden naturalmente de las anteriores, nada hay en ellas violento ni forzado, todo se justifica y hasta ciertos recursos de que *Echegaray* ha abusado en otros dramas parece que han sido olvidados, obrando y moviéndose los personajes no como maniqués que obedecen á la voluntad y al capricho de su autor, faltando á la propiedad y á la conveniencia, sino como seres inteligentes á quienes las circunstancias y el curso mismo de la accion hacen obrar y moverse con arreglo al decoro literario y artístico.

Bajo este punto de vista es admirable el encadenamiento de las escenas y de las situaciones que pasan de una á otra como de la mano, y si la accion resulta con exceso lánguida y monótona, esto es debido á lo pequeño del espacio moral en que se agitan los personajes, á la unidad de miras y á la falta de contrastes en los caractéres, lo cual da á la accion ese aire de uniformidad que llegaria á cansar, si por otra parte el interés que despierta permitiese meditar despacio sobre lo que de ninguna manera es un defecto. El desenlace, aunque magistral y discretamente preparado, ni satisface ni es natural, aunque sí altamente dramático y notable por lo horrible y friamente desnudo de sus detalles.

Los caractéres en general están bien pintados y sos-

tenidos, aunque no son del todo verdaderos y constantes; el de Inés resalta sobre todos por su belleza dulce, por su poética suavidad, por lo delicado de sus contornos, por los rasgos que la distinguen y la exceptúan de los demás y por otra porcion de cosas que fácilmente comprenderá el lector. El carácter de Lorenzo peca en primer lugar de exagerado, áun teniendo en cuenta sus condiciones de libre-pensador y filósofo-deista, y sus decisiones están muy léjos de favorecer al éxito moral del drama, es además inconsecuente, se ve desmentido con frecuencia por sus mismas acciones y pensamientos, su inflexibilidad cuando se trata de sí mismo, de su esposa, de su hija, cuya dicha tiene en poco, no es tal cuando se trata de su madre, viéndose por el contrario que pretende sustraerla á la accion de la justicia, de esa justicia por él tan decantada, y contemplándose al hombre de alma de hierro, llorando como una mujer y quejándose amargamente y protestando tácitamente del infortunio que sobre él ha descargado tan inesperadamente. Además no es tan distinto que pueda con fundamento afirmarse si es en realidad un santo ó un loco, resultando que el dilema que pone el autor al público es imposible, absurdo, no porque exista término medio, sino precisamente por todo lo contrario, por convenir los dos extremos, lo cual en cierto modo parece inexplicable, pero que halla fácil explicacion al observar que el Lorenzo de los grandes y elevados pensamientos, el de los tiernos afectos, el de las formas corteses y rectitud y formalidad intachables del principio del drama,

no es el Lorenzo desabrido, grosero de despues, ni el desconocido é inmoderado de más tarde, ni el furioso y alborotador del final.

Juana no es un carácter, sino una fase de un carácter; su conformidad y paciencia de cuarenta años desaparecen á la hora de la muerte; quiere abrazar á su hijo, oír de sus labios el dulce nombre de madre, y despues de logrado su deseo comprende el daño que ha hecho su resolucion y se arrepiente; su arrepentimiento crea el drama que no tendria razon de ser si ella no destruyese la prueba tan disputada, despues de lo cual muere, habiendo vivido lo suficiente para llenar los fines que el autor se propuso.

Los demás personajes carecen de importancia; el de la duquesa de Almonte es incomprensible; blando y amoroso al principio, tórnase rígido y duro cuando así conviene á las intenciones del autor, desmiéntese en ocasiones y concluye por hacerse antipático ó por lo ménos indiferente, habiendo comenzado por obtener todas las simpatías. El de Angela adolece del mismo defecto; amando á su marido y teniéndole por hombre honrado y recto no se comprende que llegue á creer en su locura, ni ménos que tome la horrible determinacion de encerrarle en una casa de locos. En el de Enrique nada hay notable sino la insistencia cruel con que trata, por decirlo así, de quitar de en medio al padre de su amada. Don Tomás y el doctor Bermudez son no más que figuras decorativas que entran y salen é intervienen solamente para dar cierto colorido de verdad al cuadro general.

Abunda el drama en situaciones magistralmente preparadas y hábilmente conducidas á su término, tales, que pueden sin desdoro sostener la comparacion con las mejores de los más celebrados dramáticos.

En el primer acto, la escena en que Lorenzo, por oír á Juana, por escuchar de sus labios la revelacion del secreto cuya horrible trascendencia empieza á adivinar, se niega á recibir á la Duquesa, á pesar de las instancias de todos, él, tan cortés y caballero, tan afable en su trato, es de un efecto superior á toda ponderacion. Sentimental y dolorosamente dulce es la de los dos esposos en el segundo; altamente patética en el mismo la de Juana y Lorenzo; friamente realista y cruel la de los loqueros; de sensacion la del papel en blanco y horrible la final, con todos los horrores de la catástrofe más sangrienta. Las lágrimas aparecen en los ojos de los espectadores en el curso de esta obra; erízanse de horror los cabellos, y un frio extraño, un temblor desconocido, recorriendo todos sus miembros, le hace estremecer, y apénas sin tregua ni detenimiento, una explosion de asombro sucede á estos efectos, é interesado el sentimiento, que fuertemente excitado asoma á los oídos y á los ojos, ávido de nuevas emociones, la razon duerme, el pensamiento descansa y las impresiones recibidas se pintan en los semblantes, reflejando el estado de inquietud y desasosiego del espíritu.

Sólo al genio le es dado lograr esto; algo grande debe tener lo que de este modo afecta á tan gran número de personas; algo de lo que es privilegio exclusivo de las

almas superiores, de las inteligencias excepcionales, y el drama podrá tener todos los defectos que le achacan; pero es de una belleza sublime y cumple su mision, realiza el intento del poeta de interesar y conmover. Aparte de que hay escenas de una dulzura y una genialidad admirables, hechas sin duda de propósito para que el contraste sea más rudo y formidable, y otras de un sabor romántico especial, que no deben pasar desapercibidas á la crítica, atenta hasta á los menores detalles. El monólogo de Inés y la escena que á continuacion tiene con Eduardo, su amante, son de lo más delicado, encantador y tierno que se conoce; en el primero parece que el autor ha logrado sorprender el alma de una niña en uno de esos momentos de expansion, y la ha trasladado al teatro, acomodándola á una creacion suya notabilísima. En la segunda se demuestra un tacto especial para saber huir de las vulgaridades, tan comunes en estos casos á comedias y novelas, y resulta natural, suave, sencilla, agradable y de todas veras fácil y deliciosamente encantadora. Las mujeres debian envidiar entónces la situacion de Inés, como los hombres envidiábamos la de Eduardo. Aquellas frases llenas del más amoroso entusiasmo, de la pasion más pura, deleitan y llevan al alma una grata frescura y un bálsamo dulcísimo y consolador.

*Echegaray* escribió este drama en prosa, no sabemos si para probar que todos sus triunfos no eran únicamente debidos á las galas poéticas de su versificacion, ó por ser la forma más adecuada á este género; de todos

modos acertó, porque á pesar de ser la suya estudiada y sentenciosa, en nada perjudica al fondo de la obra, ántes, al contrario, le da ocasion y facilidad para consignar pensamientos notabilísimos por su elevacion, por su profundidad, por lo gráfico y discreto de su expresion; cualidades que oscurecen y hacen olvidar defectos no menores y faltas de propiedad y correccion que de otro modo serian imperdonables. El lenguaje en medio de todo esto es escogido y propio de la situacion de los personajes; se halla salpicado de frases de gran efecto y dignas de colocarse al lado de algunas célebres de grandes hombres. Cierta descuido en la forma perjudica ménos á la vida del drama que la excesiva afectacion y rebuscadas maneras.

Prolijo y casi imposible sería enumerar aquí todas las bellezas que encierra el drama; aparte de las ya expresadas, consideramos como tales la escena en que Lorenzo, Angela y D. Tomás tratan de la enfermedad de Inés; la en que ésta da á conocer la inmensidad de su pasion y la ternura que su pecho rebosa para sus padres; la en que Juana quema el fatal papel; la en que muere en brazos de su hijo; la de los loqueros; la en que Lorenzo trata en vano de buscar lo que no halla y de leer lo que no está escrito, y la final, con el rasgo sublime de Inés y la terrible desesperacion de Lorenzo.

La imparcialidad nos obliga asimismo á señalar los defectos de más bulto, y que son tales que saltan á la vista del ménos lince y versado en la crítica dramática. Lo es y grande la precipitacion con que D. Tomás, el

amigo de la casa, declara loco á Lorenzo y prepara su entrada en un manicomio, proporcionándole el horrible momento de amargura y angustioso desencanto de la escena de los loqueros; así como el repentino cambio de su esposa para la que de un instante á otro deja de ser su esposo el hombre recto, sabio, amante y cariñoso, para convertirse en un pobre demente, sin pruebas bastantes que produzcan la convicción, juzgando por actos que nada extraordinario envuelven, y nada más porque así lo exige la conveniencia del autor. El carácter de la Duquesa no es consecuente; después de consentir en todo lo que le piden, hasta el ir en persona, ella tan noble y tan rica, á visitar á un hombre á quien considera inferior, se muestra por último intransigente é inflexible, si bien es verdad que Lorenzo la da pretexto y excusa legítima con su decidida oposición á un arreglo con el que satisfaciendo á la justicia y al honor, se cubrirían las consecuencias, se evitaría el escándalo y todo volvería á su estado primitivo; pero entonces no habría drama. Así de error en error éstos dan vida á la obra, matando el pensamiento, y cuando éste surge potente á pesar de todos los obstáculos, el drama desaparece, no tiene razón de ser. No se resuelve el problema, no se prueba la tesis y el drama está en perpetua contradicción consigo mismo, siendo generador y engendrado, causa y efecto, motivo y consecuencia, principal y accesorio. También ha sido considerado como defecto la excesiva tendencia á la unidad, la carencia de episodios, que de una manera agradable alteran la

monotonía, queriendo los que esto dicen que *Echegaray* sin caer en la exagerada movilidad y cosmorámico movimiento de la escuela francesa, hubiera huido de su propensión á la línea recta, dando con un justo medio que es la precisa condición á que se ajusta el drama moderno. Estamos en todo conformes con esta opinión; no así con la de que sea un defecto del drama el que todos sus personajes sean moralmente buenos ó aspiren al bien, aunque por caminos reprobados ó con exceso crueles. Es verdad que con esto no hay lugar á los contrastes dramáticos, á los choques de afectos, á la lucha de las pasiones; pero también lo es que, dada la idiosincrasia, por decirlo así, del drama, no eran necesarios, toda vez que éste se halla localizado en un personaje, en Lorenzo, y de él parte á los demás; el establecer entre éstos nuevas luchas sería destruir el efecto del drama; y en cuanto á la monotonía que resulta de emplear elementos semejantes, no creemos que exista, al ménos por esta causa. Aún iríamos más allá y trataríamos de demostrar que lo que ha sido considerado como una falta, no es sino un mérito más de *Echegaray* que prueba y confirma las excelentes condiciones de su genio para la escena si esto tuviera alguna relación con nuestro trabajo.

En verdad es fácil, muy fácil, producir efecto, conmover é interesar con el espectáculo de dos pasiones encontradas, de dos afectos, de intereses diferentes que luchan por verse satisfechos; el público sigue con ansia los pasos de la maldad conspirando contra la inocencia,

detesta el vicio que quiere imponerse á la virtud y con su sensibilidad contribuye al éxito de una obra y al triunfo del autor; pero es difícil conmoverle é interesarle con el cuadro de una familia, en la que todos son buenos, todos quieren lo mismo, porque el espectador que á todos tiene simpatías, que no toma partido por ninguno, se ve perplejo en la manifestacion íntima de su deseo de que triunfen los unos ó los otros; su sensibilidad excitada abrumba su inteligencia, y sólo con grandes rasgos de inspiracion, con brillantes arranques dramáticos se logra que el disgusto y el cansancio no se apodere de su ánimo. Del choque del pedernal y el eslabon cualquiera produce chispas; lo que no haria cualquiera es sacarlas batiendo hierro contra hierro.

Este es el drama; como ha podido verse juegan en él los elementos románticos y los realistas; pero dominando éstos, si no por la calidad por la cantidad, lo que produce un equilibrio, una armonía que es lo que precisamente en otro sitio hacíamos notar.

En cuanto á la influencia que pudo producir en la sociedad esta manifestacion de un culto tan decidido al deber puro hablen por nosotros el saludable horror causado, las lágrimas vertidas, los comentarios, los rumores que se levantaron á su primera representacion y que prueban que esta vez el tiro dió en el blanco, aunque no en el centro. ¿Por qué el efecto resulta insuficiente, si no ineficaz en los primeros momentos, y por qué no se vence á un enemigo formidable haciéndole advertir su parte flaca hiriéndole en ella? Es preciso in-

sistir, repetir el ataque, no desmayar, ya que el primer intento ha probado que se puede conseguir lo que se deseaba, esto es, regenerar á la sociedad actual por medio del teatro, que es la enseñanza viva de la moral, ya que esta enseñanza como semilla productiva, cayendo en terreno fértil, ha de dar sus frutos en un tiempo ó en otro, sirviendo para un fin más alto que el de entretener algunas horas á un público versátil y aburrido, y para ocupar con el exámen de sus méritos y deméritos, de sus defectos y bellezas á los críticos, á esos disecadores de obras literarias, anatomistas de libros, furibundos Aristarcos, tan severos á veces y siempre tan necesarios.

De todos modos esta obra siempre admirará por su grandeza; á su lado palidecen las más celebradas de los grandes maestros dramáticos á los que iguala, así en las bellezas como en los defectos, y en la sensacion que produce, muy semejante al asombro que causan algunos maravillosos fenómenos de la naturaleza, con cuya sublimidad tiene muchos puntos de contacto esta magnífica expansion de un genio que brilla ahora con vivos é inextinguibles resplandores.